

La epopeya de la clausura

Saco y corbata

Christopher Domínguez Michael

Que las casas de apuesta postulen, un año sí y otro no, a Bob Dylan como probable ganador del Nobel de Literatura le daría la razón al indignado Damián Tabarovsky, autor de *Literatura de izquierda* (Tumbona, 2011), un panfleto que circuló en la Argentina hace algunos años y cuya reedición mexicana ha sido oportuna porque demuestra lo viejo que es lo nuevo.

Como suele suceder con las obras eficaces del género panfletario, *Literatura de izquierda* vale por el diagnóstico, la ira y el pesar que estos libros decididamente portátiles difunden, difuminan. Parte Tabarovsky (Buenos Aires, 1967) de constatar que la literatura argentina (y no es difícil extrapo-

lar, *grosso modo*, la pelea emprendida por el ensayista) estuvo, en los noventa, entre la espada del mercado y la pared de la academia. A la espada la caracterizan, dice este buen tipólogo, “la autoridad del *editing*, la primacía de la trama, los personajes, la novela histórica, el cuento convencional, el aplomo estilístico, el lenguaje llano, justo, la ausencia de excesos, la fábula moral, la novela con contenido humanista, los guiños a la época y cierto anacronismo *light*”. Y en el muro de la academia encontraríamos, por el contrario, “el formalismo remanido, el efecto *kitsch* de la *cita culta*, el laboratorio de ideas, la búsqueda del control absoluto, la convicción de que el humor es

algo serio, la noción de autoridad, las prebendas, el desprecio por la ironía, la construcción de genealogías que funcionen como garantías crediticias, el miedo...”.

En medio de estos abismos, inmóvil en una cuerda, Tabarovsky se imagina, equilibrista o suicida, a una “literatura de izquierda” de difícil definición dado que excluye a los escritores políticamente de izquierdas, casi todos ellos irrecuperablemente conservadores en cuanto a estética (se ejemplifica con Cortázar y el primer Gelman) y se ofrece, como la nobleza a la cual rendir pleitesía, a los protagonistas, poetas y narradores, del contracanon radical de los años ochenta, a saber: Héctor Libertella, Fogwill, Aira,

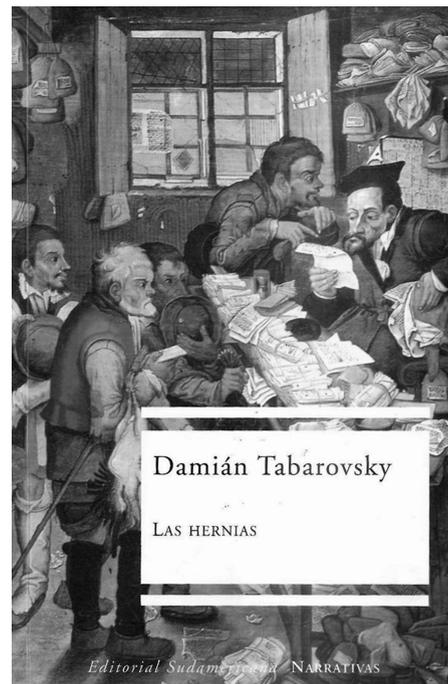
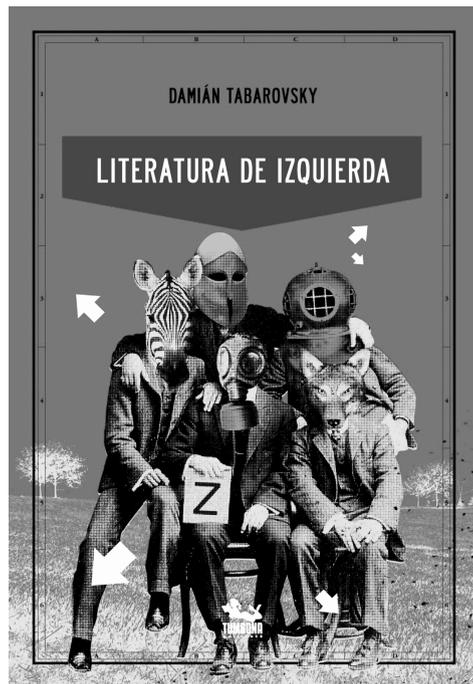


Damián Tabarovsky

Néstor Sánchez, Puig, Perlongher, Viel Temperley, cierto Saer. Pero dado que ese prestigioso armorial que honró a la envidiada (al menos en México) naturaleza radical de la literatura argentina se ha ido agotando debido a la defunción, Tabarovsky no sabe bien a bien a quién proponer como recambio. Es un crítico que perdió a sus clásicos y está angustiado. A todos nos pasa. El duelo (y una buena dosis de política literaria local que se me escapa) lo conducen a la nostalgia por el afrodisiaco hiperrevolucionario de los teóricos franceses en los setenta, de tal forma que *Literatura de izquierda* amenaza con el regreso de los muertos vivientes encabezados por Deleuze (al que por cierto, despojado de su palabrería, conviene leer). En aquella tropa, uno distingue a Barthes, Duvignaud, Buci-Glucksmann (habría yo deseado morir sin volver a escuchar su nombre) y Blanchot, el gurú de lo inefable, quien siempre merece algo mejor de lo que recibe como homenaje. Donde quiera que impere el galimatías, las payasadas fúnebres, el sinsentido, las anfibologías pedantescas, las antinomias filosofantes, las insensateces temerarias, sale a relucir Blanchot y *Literatura de izquierda* no es la excepción.

Apadrinada por Bataille y Beckett, la literatura de izquierda sería, cabe imaginárselo, aquella que se constituye en una “comunidad inconfesable” decidida a inmolarse combatiendo al canon sea cual sea la forma que tome o usurpe. Aquella —dice Tabarovsky— caracterizada por la duda, la indeterminación, el acabamiento y el largo etcétera de la sospecha y del relativismo. Esta vieja prédica se le ocurre al crítico porque no puede ampararse en ninguna novedad: confiesa que la buena literatura, al contrario del pop, no envejece. Bueno. ¿Y no envejecieron también los rollos de Bataille y Blanchot? Por supuesto, y en literatura, como fuente de la eterna juventud, cada quien tiene derecho a su canon y el de Tabarovsky es el de “la parte maldita” y el del giro lingüístico.

El enemigo principal de la “literatura de izquierda” sería, dice el libelista, George Steiner, a quien califica como conservador y reaccionario por querer preservar el sentido, la presencia real de lo religioso. Arremete —bien— Tabarovsky contra Martha Nussbaum, posesa de la fiebre trascenden-



talista y utilitaria padecida por los estadounidenses de tarde en tarde. Comparto su desdén hacia los más comerciales entre aquellos que el mercado canoniza (los Saramago, los Kundera, los Tabucchi) pero si a la literatura de derecha la emblematisa Steiner, yo me apunto bajo su sombra.

El escritor sin público, portavoz de esa “literatura de izquierda” es o debería ser el anarca, el cenobita, el *flâneur*, el marginal, el detective salvaje, usando todo el repertorio de máscaras románticas. Hasta allí vamos bien. Pero como es común en esta clase de indignaciones temperamentales, manifiestos sobre lo que debería ser y no

es, Tabarovsky se abstiene de dar nombres de aquellos contemporáneos nuestros que protagonizarían ese estado ideal. ¿Por qué? Porque sabe que no existen. Nos lo advirtió cínicamente: no daré nombres porque los ejemplos matan a las teorías. Sin gruñidos multimedia, instalaciones efímeras, lecturas de pospoesía aborigen aderezada con armónica, ciberlectura para navegar, Damían Tabarovsky, en el fondo un vanguardista de saco y corbata, regresa a lo suyo, que es lo mío y lo de todos los canonistas y los contracanonistas: a Flaubert, el dios misántropo de los modernos. ¿Tanto rezar para aprenderse el Padre Nuestro? **U**